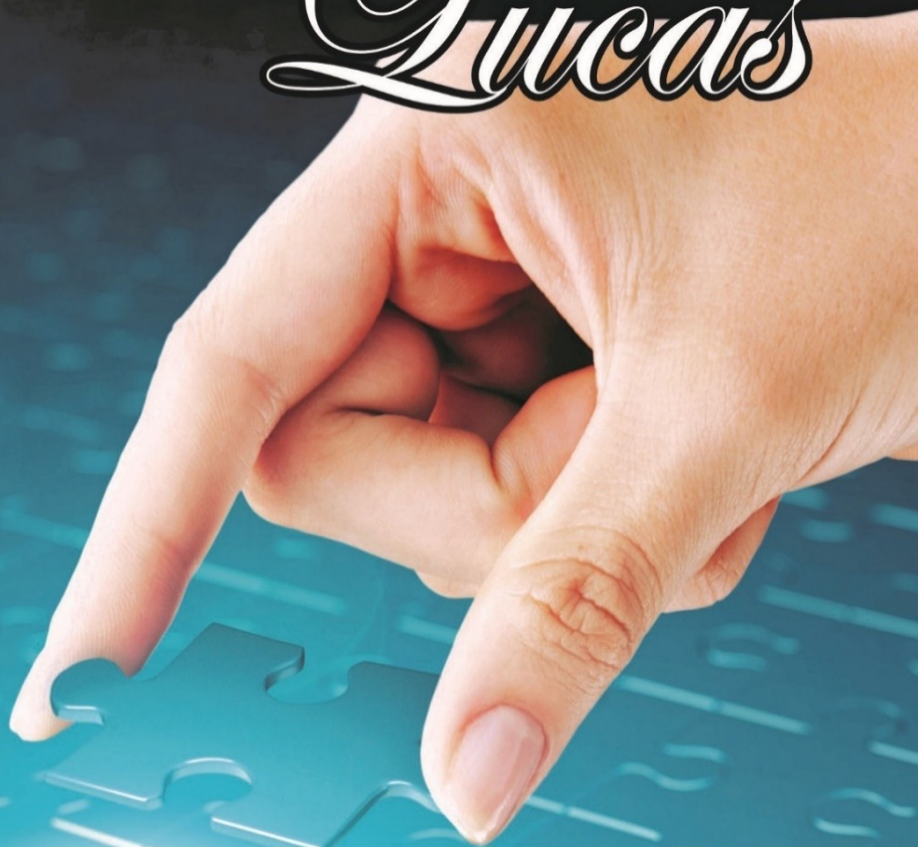


Ediciones Lucas



“DEBEMOS ACEPTAR AL SEÑOR TRES VECES”
El-011225-114

“DEBEMOS
ACEPTAR AL
SEÑOR TRES
VECES”

© 2025 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referencias han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: diciembre 2025

Escrito y editado por: Josué Galán y Roxana de Abarca

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-011225-114

DEBEMOS ACEPTAR AL SEÑOR TRES VECES

S
E
M
A
N
A
—
1
—

En esta ocasión quiero usar un tema un tanto sugestivo para llamar su atención hacia lo que deseo compartir. Si usted es un hijo de Dios, seguramente ya aceptó al Señor una vez. Sin embargo, a través de este estudio quiero pedirle que lo acepte tres veces. ¿Cómo hacemos esto? Precisamente de eso trata este estudio, por lo tanto, espero que siga detenidamente la lectura.

El término “aceptar al Señor”, que usamos actualmente, podría considerarse relativamente moderno. En algún momento alguien decidió emplear esta frase como sinónimo de “creer en Jesús para salvación”. Por ello, para nosotros es muy comprensible el concepto de aceptar al Señor. Y bajo ese mismo término, si usted ya lo ha aceptado como su Señor y Salvador, hoy quiero invitarlo a que lo haga dos veces más en otros aspectos.

ACEPTAR AL SEÑOR LA PRIMERA VEZ

La primera vez que aceptamos al Señor, lo hacemos bajo el amparo de la misericordia de Dios. En algún momento escuchamos el Evangelio y así recibimos la fe en Jesús. Esto lo podemos leer en

Efesios 2:8

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”.

Simple y sencillamente, por pura gracia, nacemos de nuevo.

Podríamos decir que ese primer acto de aceptar al Señor fue para rescatarnos de la condición caída que teníamos como seres humanos. Si yo le digo a alguien: “Usted necesita aceptar a Cristo”, implícitamente le estoy diciendo: “Usted necesita resolver delante de Dios el problema de su naturaleza caída”.

Cualquier ser humano que no acepte al Señor Jesús como Su Salvador tendrá que ser condenado un día en el infierno, porque una naturaleza caída no puede heredar la Vida Eterna. Precisamente por causa de esa naturaleza caída, nuestro Señor Jesucristo vino a morir en la cruz del Calvario. Él pagó por el pecado del hombre para que Dios tuviera misericordia de él y pudiera restaurarse nuevamente la armonía entre Dios y el ser humano.

Ese puente que construyó el Señor Jesús para unir nuevamente al hombre con Dios no solo permite restaurar la relación y perdonar los pecados, sino también abrirnos las puertas de la eternidad —

porque esa es la esencia del mensaje del Evangelio —: Jesús abre las puertas de la eternidad para todo aquel que cree en Él.

Esto se asemeja al caso del ladrón crucificado junto a Jesús, un hombre sinvergüenza, ladrón y quizá incluso asesino, que le dijo al Señor: “Acuérdame de mí cuando vengas en tu reino”. Y el Señor le respondió: “Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso”. Esa es la puerta abierta hacia la eternidad por medio de Jesús.

En un instante recibimos el beneficio más grande al aceptar al Señor Jesucristo: el acceso a la Vida Eterna. Aquí en la tierra nuestros pecados son perdonados y cancelados, y con seguridad nos espera la entrada a la vida eterna. Aunque pueda existir algún sufrimiento previo a la eternidad, debemos estar seguros de que gozaremos de vivir eternamente con nuestro Dios.

Es evidente que cuando comenzamos este camino, habiendo aceptado al Señor únicamente por la fe que nos fue dada, sin ningún tipo de obras, recibimos todos los beneficios que Jesús vino a otorgarnos.

Quiero enfatizar que, para ser salvos eternamente, no tenemos que realizar ninguna obra. A lo largo de la historia, muchas personas dentro de

distintas ramas de las iglesias institucionalizadas que conocemos —y especialmente dentro de la religión católica— han insistido en la necesidad de hacer algo para aceptar al Señor y recibir la salvación. Sin embargo, la Biblia nos enseña que quien cree en Él es salvo. Simple y sencillamente, el justo por la fe vivirá.

Así que somos hijos por creer. Este es un regalo que recibimos desde el momento en que creemos y que permanece hasta la eternidad. Si a esto le llamamos “aceptar a Cristo”, estamos en lo correcto.

Cuando evangelizo a una persona que no ha conocido al Señor y le digo: “Acepte al Señor”, lo que realmente le estoy ofreciendo es esto: “Crea usted en el Evangelio, y el Señor Jesucristo remitirá sus pecados —es decir, no tomará en cuenta sus faltas—, lo declarará justo delante de Dios por la obra que Él realizó, y además, un día se acordará de usted cuando regrese y lo ubicará en la eternidad futura”. Ese es, en esencia, el mensaje del Evangelio.

Una vez que usted acepta al Señor Jesucristo bajo este entendimiento, no necesita hacer absolutamente nada más. De hecho, usted puede aceptar a Cristo y seguir viviendo exactamente igual que lo ha hecho toda su vida. Présteme mucha atención a esto, porque lo digo sin temor a

equivocarme: usted puede continuar viviendo su propia vida. Después de aceptar a Cristo, usted puede elegir pecar o no pecar; puede elegir asistir o no a la iglesia; leer o no leer la Biblia; orar o no orar; vivir en santidad o no vivir en santidad.

El regalo de la Salvación Eterna no se lo van a quitar a nadie por ninguna mala obra, porque “Dios no es hombre para que mienta ni hijo de hombre para que se arrepienta”. Dios nos ha otorgado la salvación por medio de la fe, únicamente por creer; por lo tanto, no existe alguna obra que la anule.

Esto es exactamente como la relación padre-hijo. Pensemos que un “fulano” comete atrocidades extremas en su vida, y su mamá, ya amargada, un día le dice: “Debido a tu mal comportamiento, ya no eres mi hijo”. Eso no es posible. Ella podría decirle: “Te desconozco como hijo”, y hasta ahí podría llegar su actitud. Lo que no puede hacer es quitarle la genética: que ella lo dio a luz, que lo engendró, que es sangre de su sangre. Quitarle eso es imposible. Ese “fulano” va a morir siendo hijo de su mamá, aun cuando se porte mal.

Lo mismo sucede al creer en Dios. Al creer, venimos a ser hijos de Dios, engendrados por Él, sin importar cómo vivamos. Esto debe quedarnos claro, porque vivir parados en esta verdad nos brinda descanso, paz y tranquilidad.

A partir de ese momento, podemos seguir creciendo en Dios, pues se ha gestado en nosotros una nueva vida, un asunto que no tiene retroceso. El Señor nos engendra como hijos, y lo máximo que puede hacer Dios es permitir que enfrentemos consecuencias por vivir de manera contraria a Él. Puede disciplinarnos, corregirnos, enfermarnos o permitir dificultades, pero no puede quitarnos la vida ni nuestra posición como hijos. Dios puede ausentarse temporalmente y no darnos su presencia, pero nunca dejar de ser nuestro Padre. Debemos predicar este Evangelio de la Salvación Eterna, así de claro.

ACEPTAR AL SEÑOR UNA SEGUNDA VEZ.

Ahora bien, la Escritura nos habla acerca de la plenitud del Evangelio. Y bajo este contexto descubrí que debemos aceptar al Señor más de una vez. Ojo: esto no es para volver a ser salvos eternamente, porque no existe una “reconversión”. En algún momento sí podemos reconciliarnos con Dios: alguien que se ha desviado, que anda apartado o que vive en mal camino puede volverse al Señor y restaurar su relación con Él. Sin embargo, aceptar al Señor una segunda vez no implica necesariamente reconciliarnos con Dios.

Le voy a hablar de otra etapa de la vida cristiana que implica aceptar a Cristo. Si la primera vez lo que usted hizo fue aceptar la propuesta de Jesús a su vida, después de eso el Señor le propone algo más y quiere que usted también lo acepte.

Inmediatamente después de aceptar al Señor por primera vez, Él nos revela y nos invita a aceptarlo una segunda vez, lo cual consiste en aceptar ser partícipes de la Iglesia. En realidad, hermano, cuando usted se convierte al Señor por primera vez, simplemente se vuelve hijo de Dios; pero el Señor le propone la siguiente parte del Evangelio para que usted también la acepte.

¿Y cuál es esa parte del Evangelio que sigue? Es que Él se presenta en la Iglesia y le pide que lo acepte de esa manera también. Así como lo aceptó como su Salvador, ahora Él le pide que acepte a la Iglesia, que es Su Cuerpo. Muchos hermanos, hoy en día, carecen de la revelación del Cuerpo de Cristo; nunca han aceptado al Cristo—Iglesia.

Hace unos 20 años, el Señor me llamó a ser apóstol. Jamás habría imaginado que Dios quisiera llamarme a ese ministerio. Tras muchos acontecimientos en aquellos años, de pronto percibí cómo Dios me llamó al apostolado.

No he visto al Señor físicamente —no le voy a mentir—, pero en esa ocasión lo oí como que estuviera hablando con una persona que estaba en mi habitación. Exactamente así. Percibía que el Señor estaba allí, y lo escuchaba a la par mía, no desde adentro.

Uno escucha muchas voces: la de uno mismo, la de las personas que nos rodean y, a veces, hasta la de otros seres extraños (el diablo y quién sabe cuántos demonios más). También podemos oír la voz de Dios desde nuestro interior. Pero cuando Dios me llamó al apostolado, lo escuché externamente. Es decir, volví mi mirada y no vi nada, pero sabía que una presencia y una voz

externas me estaban hablando de la manera más serena y clara.

De las cosas que me dijo, recuerdo perfectamente haber escuchado lo siguiente: “Te voy a enseñar acerca del misterio”.

Casualmente, unos años antes yo estuve caminando bajo la cobertura de un ministro que escribió un libro titulado “El Misterio: Una llave perdida”. En ese libro él explicaba que el Israel actual, el que está en el Medio Oriente, era el misterio de Dios, y presentaba una gran cantidad de argumentos para sostenerlo. De todos sus libros, ese fue el que menos me gustó. Cuando empecé a leerlo, no me agradó y lo dejé a un lado.

Yo compraba todos los libros de mi tutor espiritual de aquel entonces; trataba de ser un buen hijo en la fe. Recuerdo que un día me reuní con él (casualmente, él también se llama Marvin) y, mientras platicábamos, llegamos al punto en el que me preguntó si ya había leído su último libro sobre el Misterio. Para no exponerme tanto, le dije que no lo había terminado de leer. Me dio una buena regañada, al punto de que tuve que terminarlo de leer.

Mientras leía el libro, sentía que estaba viviendo la experiencia de un niño al que le sirven

una comida que no le gusta. Pero como sabía que en unos meses nos volveríamos a ver, hice el esfuerzo y lo terminé de leer.

De modo que, cuando el Señor me dijo que me iba a enseñar acerca del misterio, puse la misma cara que pone un niño cuando le sirven una comida que no le gusta. Pero Él me repitió: “Te voy a explicar el misterio”. Sin mentirle, el Señor comenzó a mencionarme unas diez o doce citas bíblicas. Recuerdo que empezó en Efesios: me decía la cita, me daba el texto y me lo explicaba; y así con cada una de las citas que me mostró.

Como cosa extraña para mí, en esa ocasión no tenía libreta ni lapicero a la mano para apuntar, y no me atrevía a levantarme porque pensaba: “Si me levanto, pierdo toda esta experiencia con el Señor”. Así que, hermano, con todo mi corazón rogaba que todo lo que escuchaba del Señor se quedara grabado en mi mente.

Lo que me impresionó fue que el misterio que el Señor me explicó era completamente diferente de lo que yo había leído en aquel libro.

¿QUÉ ES EL MISTERIO?

El misterio fue lo que le revelaron al apóstol Pablo desde el momento en que el Señor lo alcanzó

camino a Damasco. ¿Recuerda usted que el apóstol Pablo se dirigía a Damasco con el propósito de arrestar a todos aquellos que creían en Jesús? Él iba lleno de furia contra los cristianos, y en ese viaje tuvo una experiencia que transformó su vida.

Leamos los siguientes versículos:

Hechos 9:1

“Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, v:2 y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén. v:3 Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; v:4 y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? v:5 El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón”.

Por primera vez, Saulo entendió que los cristianos a quienes él perseguía no solo eran “los creyentes en Jesús”, sino que eran Jesús mismo. ¡Aleluya!

Desde aquel día en adelante, el apóstol Pablo predicó un Evangelio completamente distinto. Tan distinto, que incluso a los mismos apóstoles que caminaron con el Señor les costaba comprender el

mensaje de Pablo. Porque él no predicaba únicamente acerca del Cristo de la Cruz, del Salvador que murió por nuestros pecados —a quien nosotros ya aceptamos la primera vez—, sino que habló también de otro aspecto de Cristo: el Cristo Iglesia.

El Cristo Iglesia es el único que se manifiesta en la tierra en este tiempo presente. Si cualquiera de los que están alrededor quisiera conocerlo, tendría que acercarse a donde haya dos o tres congregados en el nombre del Señor. Esto significa que nosotros, los que conformamos la Iglesia en esta época, somos Cristo —no la Cabeza, pero sí Su Cuerpo—. Nosotros, hermano, somos el Cristo de hoy, y para que alguien entre en relación con ese Cristo, debe aceptarlo.

Así que la segunda vez que aceptamos al Señor es cuando aceptamos a la Iglesia como el Cuerpo de Cristo.

Permítame ponerle el siguiente ejemplo: si en el Antiguo Testamento usted hubiera preguntado por Dios y le hubiera dicho a alguien: “¿Me podría dar la dirección de Dios?”, le habrían respondido lo siguiente: la dirección es la nación de Israel. En El Salvador, cuando uno pregunta por una dirección, suelen decir: “Es contiguo al almacén tal”, pero el problema es que muchas veces ese almacén ya ni

existe. Pensando en ese tipo de direcciones, si usted hubiera preguntado por la dirección de Dios en el Antiguo Testamento, le habrían dicho: “Es la nación de Israel, en el territorio de Judá, sobre el Monte Moriah”. Esa habría sido la dirección de Dios. ¿Y por qué el Monte Moriah? Porque fue el monte donde se construyó el templo de Salomón, el lugar que Dios escogió para que estuviera Su casa. Así que, en aquel entonces, la dirección de Dios era: la nación de Israel, el territorio de Judá, en el Monte Moriah.

Pero ahora, en la era del Nuevo Testamento, el Señor cambió de residencia. Si hoy alguien nos pregunta por la dirección de Dios, tendríamos que responder: Él vive en la Iglesia, que es Su Cuerpo.

¿Y dónde está ubicada la Iglesia? Donde dos o tres están congregados en Su nombre. ¡Aleluya!

Una característica de la Iglesia es que es móvil; no tiene un lugar fijo. Bendito Dios, no creemos en los templos. Sí creemos en lugares que pueden ser apropiados para que la Iglesia se reúna. No es ningún pecado que un día un grupo de hermanos, que empezó reuniéndose en una casa, crezca en número y decida alquilar o comprar un local para reunirse más cómodamente. Pero ese lugar no es el Templo. Ese lugar no es nada. El Templo somos nosotros. La casa de Dios somos nosotros.

La Iglesia tiene la característica de ser móvil, porque puede existir en cualquier lugar donde se junten dos o tres en el nombre del Señor. Puede estar incluso debajo de un “aguacatal”, como dicen allá en mi tierra, pero si allí se reúnen en el nombre del Señor, ahí está Él en medio de ellos.

Además, la Iglesia es de carácter universal, porque puede estar desde la Patagonia hasta el Polo Norte y en cualquier lugar del mundo. La Iglesia existe donde hay fieles del Señor.

Si bien ya aceptamos a Jesús, el Salvador, ahora aceptemos también al Cristo Iglesia. Por esta razón les digo que debemos aceptar al Señor por segunda vez. No solo debemos vivir como hijos de Dios, sino también como miembros de Su Cuerpo, y aceptar que los hermanos que conforman la Iglesia son Cristo mismo.

Hay personas que asisten a la Iglesia simplemente para evitarse conflictos. Ese es un motivo muy rudimentario para congregarse. Algunos van porque, si no lo hacen, su esposa se enoja; otros, como los jóvenes, asisten solamente para evitar problemas con sus padres, quienes incluso les condicionan permisos o beneficios. Estos son niveles muy básicos de comprensión espiritual.

Después de esos primeros niveles tan básicos, hay otros hermanos que comienzan a subir un poco más en su relación con la Iglesia. De pronto conectan con alguien y dicen: “Qué bien, hombre. Yo venía a la Iglesia todo aburrido, pero me encontré con fulano de tal y me hice amigo de él”. Otros, cuando eran solteros, llegaron porque alguien los invitó, y allí experimentaron un “amor a primera vista”: encontraron a la persona que sería el amor de su vida. Se casaron, y por la influencia o la expectativa de la familia del cónyuge continuaron congregándose. Estos ya no asisten a la Iglesia por obligación, sino porque tienen una motivación social, y/o un vínculo afectivo que los mantiene dentro de la congregación. No es aún un nivel profundo, pero sí representa un avance: ya no vienen forzados, sino porque han encontrado relaciones humanas significativas que los animan a permanecer.

Hay otros que ya entienden un poco más las cosas espirituales. Ellos dicen: “Yo voy a la Iglesia porque allí se reúnen los hijos de Dios. Aunque algunos hermanos no parezcan hijos de Dios por su mal carácter, su mal corazón o su orgullo, siguen siendo hermanos en la fe, hijos del Señor, y tengo que aceptarlos”. Una persona que piensa así ha superado un nivel más, porque ya no se congrega solo por obligación ni por razones sociales, sino por

convicción espiritual. Sin embargo, aun ese nivel no es el que el Señor realmente desea de nosotros.

El nivel que Dios realmente está pidiendo es que lo aceptemos a Él y a Su Iglesia como una Unidad indivisible. Esto significa llegar a comprender que, al ver a los hermanos, puedo reconocer en ellos la misma persona de Jesús.

A quienes logran entender esta verdad, quiero invitarlos a algo más: no solo a que lo crean, sino a que hoy acepten a ese Cristo. ¿Me entiende? Ya no únicamente al Cristo Salvador, sino también al Cristo Iglesia, al Cristo Corporativo.

No importa si son pocos o muchos; lo esencial es tener la revelación de que esas personas, reunidas en Su nombre, son Cristo.

¿Se ha puesto a pensar quién era realmente el Nazareno hace dos mil años? Muchas veces idealizamos al Cristo que caminó sobre la tierra. Pero le aseguro que, si hubiéramos vivido en aquella época y en esa misma región, quizá no habríamos creído que Jesús era el Cristo.

Para empezar, la Biblia dice que no tenía parecer ni hermosura, es decir, no era físicamente atractivo ni destacaba entre los demás. Era un hombre común. No era como esas imágenes de

“Jesús” que aparecen en internet: modelos, actores de cine o representaciones estilizadas.

El Cristo histórico no se parecía a nada de eso. Era sencillo, común a los ojos humanos... y, sin embargo, era Dios hecho carne. Pero en la realidad, a la gente le costaba reconocer que Él era el Cristo. Solo por el testimonio interno del Espíritu podían comprender que aquel carpintero era realmente el Hijo de Dios. Para muchos resultaba difícil aceptar que ese hombre “raro”, sencillo y sin atractivo alguno, fuera el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

Lo que quiero decirle con esto es lo siguiente: si a las personas de aquel tiempo les costó identificar a Jesús como el Hijo de Dios, igual de difícil puede ser reconocer que los creyentes que conforman la Iglesia son Cristo. A veces parecen personas comunes, complicadas, poco agradables, e incluso peores que otros. Nada atractivos, nada impresionantes. Pero, aun así, son Cristo, porque forman parte del Cuerpo del Señor.

Esto es un examen para todos. Dios puso esta prueba a los creyentes del principio, a las generaciones que nos han antecedido, a los que estamos vivos hoy y a los que vendrán después de nosotros. Si realmente queremos caminar con el Señor, debemos aprender a ver a Jesús en nuestros hermanos.

El día que esto suceda en nuestro corazón, todo lo que los hermanos hagan —sea bueno o malo— lo veremos como permitido por Dios, y con eso se terminarán muchas luchas internas.

Eso es aceptar a Cristo por segunda vez: reconocer que Él ha decidido venir y manifestarse en cada uno de los que se reúnen en Su Nombre.

ACEPTAR AL SEÑOR LA TERCERA VEZ.

Leamos lo que dice **Filipenses 3:7**

“Pero todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida por amor de Cristo. v:8 Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo, v:9 y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe, v:10 y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, llegando a ser como Él en su muerte, v:11 a fin de llegara a la resurrección de entre los muertos”.
(LBLA)

Si leemos detenidamente los versículos 7 y 8, vemos que el apóstol Pablo dejó todas las cosas por conocer al Señor. Esta versión de la Biblia utiliza la expresión “el incomparable valor de conocer a Cristo”.

El apóstol Pablo, en estos versículos, hace un resumen extraordinariamente denso. Sus cartas son de las que debemos leer con mayor detenimiento. Mientras que muchos libros del Antiguo Testamento pueden leerse de manera más relajada —porque en su mayoría narran historias—, las cartas del Nuevo Testamento, y especialmente las

de Pablo, requieren una lectura cuidadosa.

Usando pocas palabras, Pablo comunica un contenido doctrinal profundo y cargado de revelación. Este pasaje de Filipenses 3, en particular, es uno de los textos más densos que he encontrado. En realidad, Pablo dice muchísimo con muy pocas palabras.

Dicen los versos 7 y 8: *“Pero todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús”*.

El anhelo de Pablo era conocer al Señor en toda Su plenitud. Parafraseando sus palabras, él expresaba algo como esto: *“Ya conozco a Cristo como mi Salvador; también conozco al Cristo que es la Iglesia. Pero estoy dispuesto a dejar todas las cosas con tal de alcanzar el incomparable valor de conocer a Jesús por completo”*.

Después de esta declaración, Pablo comienza a explicar el proceso y los distintos niveles involucrados en conocer verdaderamente al Señor. Por eso dice el v:9 *“y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo...”*

Le pregunto: ¿Cómo puede ser hallado usted en Él? Hasta donde entiendo, cuando aceptamos al Señor por primera vez, es Cristo quien viene a morar dentro de nosotros. Él entra en nuestro interior y nace en nosotros la vida nueva.

Sin embargo, en este pasaje el apóstol Pablo habla de algo distinto: no de Cristo en nosotros, sino de nosotros en Él. Y esto es completamente diferente. Una cosa es que Cristo viva en nosotros; otra, muy distinta, es que nosotros vivamos en Él.

Para que Cristo esté en nosotros, lo aceptamos la primera vez como nuestro Señor y Salvador. Pero para que nosotros estemos en Él, debemos aceptarlo por segunda vez: aceptarlo en Su manifestación corporativa, que es Su Cuerpo, la Iglesia. Solo así pasamos de simplemente tener a Cristo dentro de nosotros a ser hallados en Él, integrados a Su Cuerpo y viviendo en esa esfera espiritual donde Cristo se expresa hoy.

Entonces, cuando Pablo dice: “Yo quiero ser hallado en Él”, está infiriendo que ya lo ha aceptado por segunda vez, es decir, que se ha incorporado plenamente al Cuerpo de Cristo.

El versículo 9 también dice: *“no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo”*. Aquí, Pablo enfatiza cómo conoció al Señor

la primera vez: por fe. Tal como la Biblia lo enseña, al que cree en Él, su fe le es contada como justicia.

De este modo, podemos identificar las dos primeras maneras de conocer al Señor: primero, por fe, recibiendo a Cristo como Salvador; y segundo, siendo hallados en Él, integrados al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Pero ahora vamos a ver la tercera vez en la cual él dice que ha aceptado al Señor. Y para ello leamos el v:10 *“y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, llegando a ser como Él en su muerte, v:11 a fin de llegara a la resurrección de entre los muertos”*.

Pablo insiste en la necesidad de conocer al Señor porque, según él, conocer a Cristo es un proceso progresivo. No se trata de un único momento o una sola experiencia, sino de un crecimiento espiritual continuo.

Esto es justamente lo que quiero transmitir con el tema sugestivo de este estudio: “Debemos aceptar al Señor tres veces”. Cada aceptación representa un nivel más profundo en nuestra relación con Él.

Ahora, él nos dice: "Y yo quiero conocerlo a Él, el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, llegando a ser como Él en su

muerte, a fin de llegar a la resurrección de entre los muertos”.

Explicuemos. La resurrección no consiste únicamente en que Cristo haya vuelto a la vida; va mucho más allá. La esencia de la resurrección es que, después de morir, Cristo volvió a la vida completamente reintegrado, tal como era antes. Es decir, Cristo fue levantado en el cuerpo que siempre tuvo, en su totalidad.

Tanto es así, que el Señor les mostró a sus discípulos las heridas de sus manos y de su costado, demostrando que su cuerpo estaba completo y real. El Cristo resucitado no era solo un espíritu, sino una persona plena e integral, con cuerpo, alma y espíritu, plenamente restaurado.

Entonces, cuando Pablo dice: “Yo quiero conocer al Cristo resucitado”, lo que realmente está expresando es su deseo de conocer al Cristo completo. ¿Completo en qué sentido? En el sentido de que Cristo es una persona integral, no solo espíritu, sino cuerpo, alma y espíritu reunidos en plenitud.

Permítame explicarlo de esta manera: ¿Qué recibió usted cuando aceptó a Cristo por primera vez? Recibió al Espíritu que vino a morar en su espíritu. Como dice Romanos 8, el Espíritu Santo,

que es el mismo Espíritu de Cristo, entró en usted, y así usted tiene al Espíritu de Cristo habitando en su interior.

Al recibir a Cristo por primera vez, lo que recibimos es el Espíritu vivificante, que viene a morar en nuestro espíritu y nos da vida nueva.

Cuando usted acepta al Señor por segunda vez, recibe el Espíritu de sabiduría y revelación, tal como Pablo menciona en Efesios 1:17, en relación a conocer a Cristo como Iglesia, es decir, en Su manifestación corporativa.

Ahora bien, ese no es aún el Cristo pleno, porque el Cristo pleno es el Cristo integrado, el Cristo resucitado.

Pero cuando usted acepta al Señor por tercera vez, lo que encuentra es al Espíritu de la Realidad, y es este Espíritu el que Pablo describe cuando dice: “Yo quiero conocerlo a Él en el poder de su resurrección”.

Muy probablemente todos hemos experimentado la dolorosa pérdida de un ser querido. Si, por ejemplo, fallece su mamá y alguien se le acerca y le dice: “No tengas pena, tu mamá está viva, pero está con Dios”, esto puede consolarlo un poco, pero nunca será plenamente satisfactorio,

porque lo que usted desea es tenerla viva aquí, con usted.

Con el Cristo resucitado, la situación es diferente. Él murió, pero resucitó, y por eso podemos tener la experiencia real de que camine y viva con nosotros. No se conforme solo con saber que Cristo habita en usted; experimente que Él vive y se manifiesta en su vida diariamente.

Vamos a comprobar esto con la Biblia. Para percibir lo espiritual, necesitamos ojos espirituales, porque si permanecemos carnales, no podremos verlo.

Hoy en día, a nuestro alrededor existen muchas cosas que no vemos, como por ejemplo: ondas radiales, señales de internet o frecuencias de Bluetooth. Sin embargo, sabemos que están presentes porque podemos hacer llamadas con nuestro teléfono celular a cualquier parte del mundo, navegar por internet o conectarnos con otros dispositivos vía Bluetooth, aunque no veamos las ondas mismas. Por otro lado, si no tenemos un plan de internet, simplemente no podemos acceder a esos servicios, aunque las señales existan.

De la misma manera, la persona del Cristo resucitado es real aunque no lo veamos. Él existe y

nos promete caminar con nosotros, siempre y cuando aceptemos caminar con Él.

Veamos como el Señor Jesús también nos habla de conocerlo en estas tres dimensiones.

Juan 1:1

“No se turbe vuestro corazón; creed en Dios, creed también en mí. v:2 En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo hubiera dicho; porque voy a preparar un lugar para vosotros”.

En el v:1 “Creed en Dios, creed también en mí”. Podemos ver que se refiere a aceptarlo por creer, es decir, a aceptarlo la primera vez.

Lo que Él está diciendo es: "En mi persona, que soy Yo, hay muchos que viven que también son morada porque tienen a Dios en ellos. Yo voy a ir, me voy a ir para preparar un lugar para que ustedes entren a esa morada”.

En el versículo 2, Jesús dice: “*En la casa de mi Padre hay muchas moradas*”. ¿Cuál es la casa del Padre? La respuesta bíblica se encuentra en 1 Timoteo 3:15 donde dice claramente que la Iglesia es la Casa de Dios.

Lo que Jesús nos está diciendo es que Él es la morada del Padre, y que dentro de Él también muchos pueden habitar, porque se convierten en moradas desde el momento en que tienen a Dios

en su interior.

Cuando Jesús dice: “Voy a preparar un lugar para ustedes”, nos está asegurando que quienes aceptan caminar con Él formarán parte de esa morada Divina que es la Iglesia. Aquí el Señor no está hablando de una casita en el cielo, sino del espacio que nos están dando en el Cuerpo de Cristo. Esto es aceptar a Cristo por segunda vez.

Ahora bien, dice **Juan 14:15**

“Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. v:16 Y yo rogaré al Padre, y Él os dará otro Consoladora para que esté con vosotros para siempre; v:17 es decir, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque ni le ve ni le conoce, pero vosotros sí le conocéis porque mora con vosotros y estará en vosotros”.

Por favor, ponga atención al versículo 17, donde se menciona “el Espíritu de verdad”, y consideremos traducirlo como “el Espíritu de la realidad”.

Hablar de la realidad es referirse a la verdad tangible y palpable de las cosas. Por ejemplo, si le digo: “Un vaso contiene agua”, estoy compartiendo una verdad, pero solo de manera conceptual. En cambio, si le muestro un vaso con agua, le estoy

presentando la realidad: no necesito explicar nada más, porque la realidad se evidencia por sí misma.

La diferencia clave entre verdad y realidad es que la verdad es conceptual, mientras que la realidad es experimentable y palpable. La palabra original en griego no se refiere únicamente al Espíritu de la verdad como concepto intelectual, sino al Espíritu que nos permite vivir la realidad espiritual, es decir, la experiencia directa y tangible con la persona misma de Jesús.

Luego, sigue diciendo **Juan 14:18**

“No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. v:19 Un poco más de tiempo y el mundo no me verá más, pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis”.

¿Qué quiso decirnos el Señor con esto? ¡Que podemos verlo! Sí, podemos experimentarlo, y lo hacemos por medio de la fe. Yo tengo experiencias reales con Jesús, y se los comparto abiertamente porque esta es una experiencia que cualquier hijo de Dios puede vivir, siempre y cuando lo crea.

Juan 14:20

“En ese día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. v:21 El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me

ama será amado por mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él”.

La clave para aceptar al Señor la tercera vez es lo que dice el v:21 *“El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama”*. Ahí está la condicionante para aceptar la tercera vez a Jesús. De modo que el que guarda la palabra va a tener la experiencia de ser amado por el Padre y de que Jesús se le manifieste como una Persona.

Esa frase: “Me manifestaré a él”, en el griego es: “emphanizó”, la cual aparece también en el siguiente pasaje:

Mateo 27:52

“y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos que habían dormido resucitaron; v:53 y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Jesús, entraron en la santa ciudad y se aparecieron a muchos”.

La palabra “se aparecieron” del v:53 también es la misma “emphanizó” que aparece en Juan 14:21. Curiosamente aparece este término siendo utilizado en el contexto de la resurrección, donde sucedió la aparición de personas tangibles.

¿Cuál es, entonces, la tercera forma de aceptar a Cristo? Aceptar que Él camina con nosotros y

quiere ser nuestro compañero de viaje. Si usted lo cree hermano querido, va a sentir al Señor no sólo en su interior, sino también a la par suya, de manera externa como sucede cuando estamos con una persona.

Yo le puedo decir, hermano, no hay experiencia más maravillosa que la percepción que uno puede tener de las cosas extrasensoriales de Dios. ¿Es esto posible? ¡Al que cree todo le es posible!